

La Sociedad Andina

Por Arnold J. Toynbee

Hasta este punto de nuestra revista de sociedades hemos estado identificando representantes extintos de la especie que han dejado éste o aquél monumento en el mundo de nuestro tiempo, sea bajo la forma de fósiles, sea, si no, bajo la forma de sociedades vivientes de las que aquellas sociedades extintas son "paternas" —o con las que están en relación menos íntima— en primer o segundo grado. A fin de completar la revista hasta los límites de nuestro conocimiento de aquí y ahora, debemos también tratar de identificar, por analogía con los ejemplares ya identificados, los representantes de la especie que, ni están vivos hoy día ellos mismos, ni están en relación en forma alguna con ninguno de los representantes vivientes, ni tampoco han dejado huellas bajo la forma de fósiles, sino que nos son conocidos únicamente a través de nuestros documentos literarios y arqueológicos.

Sabemos en esta forma de dos sociedades del Nuevo Mundo que fueron ambas incorporadas a nuestra Sociedad Occidental por conquista, durante el siglo XVI de la era cristiana, en el tiempo mismo en que en el Viejo Mundo la Sociedad Arábiga estaba siendo incorporada por el mismo proceso a la Sociedad Iránica para constituir la Sociedad Islámica unitaria de hoy (1). En el tiempo de las conquistas españolas en el Nuevo Mundo una de esas dos sociedades indígenas ocupa la América Central, desde la cuenca de los lagos mejicanos hasta la península de Yucatán. La otra ocupaba la altiplanicie andina, junto con las tierras bajas entre la escarpa occidental de ella y la costa sudamericana del Pacífico, en una larga zona estrecha que se extendía de N. a S., desde lo que es ahora la República de Colombia hasta los que hoy son el ángulo nordoriental de Chile y el nordoccidental de la Argen-

tina. En el contorno físico por entero de la pampa en el S. y de las selvas tropicales de la cuenca del Amazonas en el E., la Sociedad Andina no había conseguido obtener posiciones.

Nuestro conocimiento de estas dos sociedades deriva en parte de investigaciones arqueológicas y en parte de registros escritos llevados por los conquistadores españoles, o por miembros de las sociedades conquistadas a pedido de ellos, al día siguiente de las conquistas, antes de que las tradiciones de esas sociedades hubieran sido borradas por la desaparición de ellas mismas (2). Gracias a estos testimonios cabe percibir que en los momentos respectivos en que las historias de las dos sociedades fueron interrumpidas por el impacto destructor de una fuerza extranjera abrumadora, la Sociedad Andina acababa de emerger de unos "tiempos revueltos" para constituir un Estado universal, mientras que la Sociedad de Centroamérica se hallaba en las últimas convulsiones de unos "tiempos revueltos" del que estaba por surgir un Estado similar.

El Estado universal andino era el Imperio de los Incas, que había derrocado ya todas las demás potencias del mundo andino, se había incorporado todos los dominios de la Sociedad Andina excepto la extremidad septentrional de la meseta más allá de Quito, y había organizado sobre un plan uniforme los pueblos y territorios varios que habían llegado a estar comprendidos dentro de sus fronteras (3). Como resultado de la conquista española, este Estado universal indígena fue reemplazado por un Estado universal extranjero bajo la forma del Virreinato del Perú. El Estado universal por nacer en Centroamérica era el Imperio Azteca de Tenochtitlán, que había estado arruinando la Sociedad Centroamericana desde aproximadamente 1375 d. de C. con una carrera belicosa comparable, en su sed de sangre y poder destructor, a la de Asiria. En el momento en que llegaron los españoles, el Estado-ciudad de Tlaxcala era la única potencia considerable del mundo centroamericano que los aztecas no habían logrado derrocar todavía; y los tlaxcaltecas estaban ya entre la espada y la pared. Fue mediante una alianza con ellos como Cortés derrocó a los aztecas y anticipó, en la hora undécima, la transformación del Imperio Azteca en un Estado universal indígena, al establecer en su lugar un Estado universal extranjero bajo la forma del Virreinato de Nueva España.

Al intentar un reconocimiento retrospectivo de la historia andina y centroamericana, a partir de la fecha de nuestra entrada en contacto con estas dos sociedades en el momento de la conquista española, es quizás conveniente tratar primero la historia andina, ya que su curso es más fácil de seguir que el de la centroamericana en general.

El Imperio de los Incas, repentina y violentamente reemplazado por los españoles en 1530 d. de C., había estado ejerciendo la función de Estado universal andino durante unos cien años cuando ocurrió su catastrófico derrocamiento en media carrera. Por lo menos es lícito decir que el Imperio Inca podía pretender justamente el título de Estado universal andino desde el momento en que logró incorporarse al Reino de Chimú; porque Chimú no era meramente la segunda potencia del mundo andino, a continuación del Imperio Inca mismo, en la víspera de la conquista inca; era también el más importante de los dos lugares de nacimiento gemelos de la cultura andina, que había surgido primero, y elevándose luego hasta su cenit, parte en Chimú y parte en Nazca. De esta suerte la conquista de Chimú por la potencia inca en el siglo XV de la era cristiana estableció una unión política entre los elementos más antiguos y los más modernos de la Sociedad Andina; porque el ascenso de la cultura andina hasta su cenit en Chimú y Nazca parece haber ocurrido durante los primeros cinco siglos de la era cristiana (4), mientras que el primer soberano inca de los diez históricos no parece haber entrado a reinar en Cuzco hasta después del comienzo del siglo XII (5). La conquista de Chimú por los incas consumó también una unión política entre las tierras bajas de la costa y la altiplanicie del interior, que eran las dos áreas diferentes, y distintivas tanto cultural como físicamente, que constituían juntas el mundo andino; porque Cuzco, que fue el núcleo original del Imperio Inca, era una región alta, mientras que tanto Chimú como Nazca eran Estados costeros de tierras bajas. Chimú situado hacia el extremo norte y Nazca hacia el extremo sur de la costa peruana. Debido a esta combinación de razones, la conquista de Chimú por los incas en el siglo XV debe quizás tomarse como el suceso epocal que marca el establecimiento del Estado universal andino. La guerra en que se logró esta conquista fue la acción culminante en la carrera militar del Inca Pachacutec (6); y como éste reinó desde aproximadamente 1400 d. de C. hasta 1448 (7), no podremos equivocarnos mucho en nuestro cómputo si datamos su anexión de Chimú no antes de 1430 d. de C. y si, por tanto, asignamos un lapso de un siglo, o más bien menos, al Estado universal de la historia andina.

Esta conquista y anexión de Chimú por la potencia Inca fue el ápice (8) de un proceso inca de construcción de imperio que había comenzado, tres siglos antes, en los reinados del segundo y tercero de los soberanos incas históricos. Lloque Yupanqui (imperabat circa 1140-1195 d. de C.) y Mayta Capac (imperabat circa 1195-1230 d. de C.). Estos dos Incas echaron las bases del Imperio anexando la

cuenca del lago Titicaca a su antiguo principado de Cuzco y extendiendo sus dominios hasta el mar en Moquegua, hacia la extremidad meridional de la costa peruana (9). Y la belicosidad cada vez más intensa mediante la cual fue edificado el Imperio Inca en el curso de estos tres siglos, comenzando en el XII de la era cristiana (10), era síntoma de unos "tiempos revueltos" que llegarían a su fin en el siglo XV y que parecen haber tenido principio en algún tiempo entre 900 y 1100 d. de C.

Cuando oteamos los orígenes y antecedentes de esos "tiempos revueltos" comienzan a destacarse claramente varios caracteres constantes del panorama histórico andino. Notamos que los "tiempos revueltos" se manifestaron en la altiplanicie y en las tierras bajas simultáneamente; percibimos también que ambas regiones estaban ya desempeñando sus papeles históricos en la edad de crecimiento que precedió a los "tiempos revueltos"; y vemos, finalmente, que el predominio de la altiplanicie sobre la costa —predominio que llegó finalmente al cenit cuando un imperio inca, con cuartel general en la altiplanicie, se erigió en Estado universal andino abarcando la costa—, no era la relación original en que se hallaban entre sí ambas regiones. Si proyectamos ahora nuestros pensamientos hacia atrás, hasta el comienzo de la historia andina, y seguimos luego el crecimiento de la Sociedad Andina hacia adelante, desde el punto más temprano a partir del cual los testimonios arqueológicos empiezan a darnos luz, hallamos, tal como observamos de antemano, que esta cultura andina se originó en dos zonas de las tierras bajas costeras —Chimu y Nazca—, y que fue en Chimu y Nazca donde quienes desarrollaron esta cultura llevaron a cabo su trabajo creador durante los primeros cinco siglos de la era cristiana. El arte de Chimu del primer tiempo, en el modelado y pintura de su cerámica, y, sobre todo, en su representación plástica del rostro humano, no es indigno de compararse con el de la Hélade temprana. En esta edad creadora, los hombres de la costa fueron los precursores, mientras que los de la altiplanicie quedaron detrás. Sólo cerca del siglo VI la gente de la altiplanicie fue estimulada a su vez a la actividad creadora por un contacto y conflicto con los de las tierras bajas en que fueron éstos quienes tomaron la iniciativa. Después de ello, hubo un segundo capítulo en la fase de crecimiento de la Sociedad Andina en que la altiplanicie adquirió la delantera en arte, y, sobre todo, en arquitectura, así como en la política y la guerra. El monumento sobresaliente de ésta y de todas las demás edades de la historia andina es la ciudad de Tiahuanaco, de la altiplanicie, en el ángulo sudoriental del lago de Titicaca, cuyos grandes monolitos desafían to-

davía los estragos de un clima cruel. Pero esta primera edad de predominio de la altiplanicie fue seguida por el comienzo de los “tiempos revueltos” generales de que ya hemos tomado nota; y cuando esta adversidad común cayó sobre ambas partes del mundo andino, fue la altiplanicie, donde la cultura tenía una historia más corta y raíces más superficiales, la que sufrió más severamente. Hubo en ella, después del comienzo de los “tiempos revueltos”, una recaída a un nivel de cultura que se hallaba escasamente por encima del primitivo, mientras que en las tierras bajas un retroceso cultural menos deprimente fue seguido, tanto en Chimu como en Nazca, por un reavivamiento de la vieja cultura de las tierras bajas en el paso entre los siglos XI y XII de la era cristiana. Así las tierras bajas reafirmaron su superioridad cultural sobre la altiplanicie desde el comienzo de los “tiempos revueltos” en adelante, y en esta esfera nunca cedieron la palma ya a la altiplanicie —ni siquiera cuando el genio militar y político de los incas impuso a los habitantes de las tierras bajas un modelo de la altiplanicie de Estado universal andino.

La Sociedad Yucateca, Mejicana y Maya

En comparación con la historia andina tal como la acabamos de esbozar, el curso de la historia centroamericana es complicado; cuando examinamos el hogar de la Sociedad Centroamericana tal como lo encontramos al tiempo de la conquista española, observamos que tenía dos núcleos distintos, uno en la meseta mejicana y otro en la península de Yucatán. Y un examen más de cerca revela el hecho de que estos núcleos corresponden a los antiguos hogares de dos sociedades que fueron originalmente separadas, y a las que podemos llamar respectivamente “Mejicana” y “Yucatán”. La Sociedad Yucateca parece haber sido incorporada a la Mejicana por conquista alrededor del paso entre los siglos XII y XIII de la era cristiana (11); y la Sociedad Centroamericana que los españoles encontraron al llegar al Nuevo Mundo era una sociedad compuesta, que llegó a existir por ese acto de incorporación, tal como la Sociedad Islámica compuesta que hallamos aún en el Viejo Mundo de hoy, llegó a existir por la incorporación de la Sociedad Árabe a la Iránica. La conquista mejicana de la Sociedad Yucateca ocurrió (según una de las teorías vigentes), porque los Estados-ciudad que integraban el mundo yucateca, caídos en un estado de guerra intestina, habían buscado aumentar su fuerza militar frente a sus hermanos, reclutando mercenarios mejicanos que en su momento se transformaron en amos de sus empleadores (12). El hecho es que la llegada de mercenarios mejicanos y el estallido de guerras intestinas

en Yucatán son hechos históricos bien establecidos, sea cual fuere la relación en que se hallan entre sí. La guerra, asimismo, fue indudablemente un signo de que la Sociedad Yucateca había caído en unos “tiempos revueltos”; y parece haber conformidad general en que, después de la unión de la Sociedad Yučateca con la Mejicana en una Sociedad Centroamericana única, el disturbio se extendió en su momento por el cuerpo social común mayor y creció con el tiempo. Hacia mediados del siglo XV de la era cristiana, a más tardar, la crisis social de Centroamérica se había tornado aguda (13); y su desenlace en el establecimiento a viva fuerza de un Estado Universal por el poder militar azteca estaba a la vista cuando llegaron los españoles (14). Si nos remontamos ahora en las historias separadas de la Sociedad Yucateca y la Mejicana antes del comienzo de sus “tiempos revueltos” comunes, hasta sus edades de crecimiento separadas, hallaremos que están emparentadas entre sí tal como lo estaban la Sociedad Iránica y la Arábiga, por medio de una relación idéntica con una tercera sociedad de una generación más vieja. En sus hogares diferentes, ambas emergieron, antes del comienzo del siglo XI de la era cristiana, de un interregno que había seguido a la caída de un Estado universal en que esa sociedad más vieja había cobrado cuerpo en su última fase (15).

Este Estado universal fue el llamado “Primer Imperio” de los mayas (16), que llegó a un fin rápido y misterioso en el siglo VII después de haber florecido durante doscientos o trescientos años (17). Las grandes ciudades de este imperio, que se hallaban en la región lluviosa al S. de Yucatán, en lo que es ahora Guatemala y la Honduras Británica, fueron abandonadas repentinamente, una después de otra, a la selva tropical (18), en la que sus restos —sepultados por largo tiempo bajo el crecimiento vegetal— están siendo descubiertos en nuestros días por los arqueólogos occidentales. La mayoría de la población migró hacia el N. a Yucatán (19), que había sido un apéndice colonial de los dominios de la sociedad antigua (20); y la Sociedad Yucateca que emergió allí finalmente, después del interregno, fue creación de esos refugiados. En cuanto a las causas de la catástrofe en que terminó la sociedad antigua, sólo puede decirse en el estado presente de nuestros conocimientos, que el triunfo de la selva tropical sobre las obras del hombre fue probablemente consecuencia de la catástrofe y no su causa (21); ya que nada hay para sugerir que ocurriera en ese tiempo algún cambio de clima que pudiese haber conferido al fin supremacía a la selva tropical, sobre una sociedad que la había mantenido en jaque con éxito, durante muchos siglos. Aquí, como en otras partes, es más probable que la catástrofe se haya debido a alguna falla

humana en la sociedad misma; pero la arqueología no nos pone sobre ninguna pista respecto a cuál haya podido ser esa falla (22).

Sólo nos dice que el "Primer Imperio" de los mayas no pereció por violencia de ningún tipo; ni por revolución ni por guerra. A decir verdad, esta sociedad antigua parece haber sido insólitamente pacífica. El único testimonio de que practicaba forma alguna del arte bélico proviene del borde nordoccidental de sus dominios, donde debía haberse las con bárbaros exteriores en la zona en que finalmente emergió la Sociedad Mejicana después del interregno (23). Las artes en que la sociedad antigua sobresalió fueron la astronomía (utilizada con fines prácticos en un sistema de cronología que era notablemente exacto en sus cálculos y sumamente minucioso en sus registros) y la caligrafía (en una escritura pictográfica gruesca, tallada en piedra, que los sabios occidentales no han podido descifrar hasta ahora). El pueblo que creó esta sociedad fue el de los mayas, y es lícito llamarla "Maya" (24).

¿Cuál fue la relación entre la Sociedad Maya por un lado, y las sociedades Yucateca y Mejicana por otro? Si tomamos como piedra de toque la presencia o ausencia de un término medio bajo la forma de una iglesia universal, vacilaremos en decidir que, bien la Sociedad Yucateca, bien la Mejicana, fueran "filiales" de la Maya —y ello por la razón que preponderó cuando examinamos la relación entre la Sociedad Babilónica y la Sumérica—.

En la edad del Estado universal maya no divisamos ningún movimiento religioso que pueda interpretarse confiadamente como surgimiento de una iglesia universal creada por un proletariado interno (25). En aquel tiempo la minoría dominante de la Sociedad Maya había organizado sus prácticas y creencias religiosas haciendo de ellas un sistema detallado y esotérico; y ese sistema parece haber sido transmitido a las sociedades Yucateca y Mejicana, tal como aquél algo similar de la minoría dominante sumérica fue transmitido a la Sociedad Babilónica. El único cambio parece haber sido que la Sociedad Mejicana no logró mantener los refinamientos de su legado maya, en la religión como en otros aspectos de la cultura, y hasta tornó brutal lo que retuvo al caer en la práctica de sacrificios humanos (26).

En términos generales, la fortuna de la religión maya en manos mejicanas se parece a la de la religión sumérica en manos de los asirios.

Cuando pasamos a considerar los desplazamientos relativos de los hogares originales de la Sociedad Yucateca y la Mejicana a partir del de la Maya, el de la Sociedad Mejicana —desde una húmeda llanura

tropical a una seca meseta en el lejano noroeste— recuerda el desplazamiento similar de la Sociedad Hitita a partir de la Sumérica. El hogar original de la Sociedad Mejicana sobre la altiplanicie se hallaba en el límite extremo —o quizás más allá de él— alcanzado por la Sociedad Maya en esta dirección en el tiempo de su mayor expansión. Por otro lado, la península que era el hogar original de la Sociedad Yucateca parece haber sido puesta por entero dentro del ámbito de la Sociedad Maya en su última edad. Al mismo tiempo, Yucatán yacía inmediatamente fuera de la región de selva tropical que era el lugar de nacimiento de la Sociedad Maya; y aunque en distancia efectiva estaba mucho más cerca de la tierra patria maya que la altiplanicie mejicana, las diferencias esenciales de contorno físico eran prácticamente las mismas en la península que en la altiplanicie. Mientras que en la tierra patria maya la sociedad debía luchar contra una superabundancia de lluvia y de vegetación, Yucatán, como la altiplanicie, tenía mengua de agua y árboles (27). Así, se requirió una adaptación de las condiciones de la vida a un nuevo contorno físico tan extrema, cuando se fundó la Sociedad Yucateca en una provincia excéntrica del “Primer Imperio” por refugiados mayas, como cuando se fundó la Sociedad Mejicana por bárbaros sobre los que había irradiado la cultura maya en una “tierra de nadie” más allá de la frontera. En cuanto a esto, la relación de la Sociedad Yucateca con la Maya fue distinta de la de la Sociedad Babilónica con la Sumérica, ya que en este último caso el lugar de nacimiento de la sociedad posterior fue coincidente con la tierra patria de la primera y no hubo ningún *desplazamiento geográfico*.

NOTAS

(1) Véase Págs. 92-6, supra. y I. C. (1) (b), anejo I, infra.

(2) La desaparición de estas dos sociedades por su incorporación a nuestra Sociedad Occidental fue un proceso rápido. La última comunidad sobreviviente de la Sociedad Centroamericana —una comunidad de refugiados mayas que había migrado de Yucatán a las costas del lago de Petén— se había extinguido antes del final del siglo XVII de la era cristiana. En la Sociedad Andina, el último chispazo de consciencia distintiva estalló, y se extinguió, en la rebelión de Tupac Amarú contra el régimen español en el Perú en 1780-3.

(3) Para una descripción de la organización administrativa del imperio de los Incas, véase Baudin, L.: *L'Empire Socialiste des Inka* (París 1928, Institut d'Ethnologie).

(4) Véanse las tablas cronológicas en las páginas 47-9 de Means, P. A.: *Ancient Civilizations of the Andes* (Nueva York, 1931, Scribner).

(5) Means, op. cit., Pág. 223.

(6) Para esta guerra, véase Means, op. cit., Pág. 260-1.

(7) Means, op. cit., Pág. 253.

(8) Sólo el ápice y no el término; ya que el reino de Pachacutec, si bien marcó el cenit de la grandeza del Imperio Inca, no vió el final de su expansión territorial. Tanto Chile septentrional como la sección ecuatoriana de la costa y meseta andina fueron añadidos al imperio por el sucesor de Pachacutec, Tupac Yupanqui (imperabat circa, 1448-1482, d. de C.).

(9) Véase Means, op. cit., Págs. 227-9.

(10) Para las vicisitudes en la fortuna de los incas en su edad constructora de imperios, véase ulteriormente II. D. (IV), tomo 2, infra.

(11) Los conquistadores mejicanos de Yucatán en esta oportunidad no fueron aztecas sino toltecas. Los aztecas eran en aquel tiempo bárbaros exteriores, que vivían de la caza en "la tierra de nadie" al N. del mundo mejicano. Los toltecas fueron los creadores de la Sociedad Mejicana. Los aztecas no ganaron posición alguna dentro del dominio mejicano hasta que los toltecas no cayeron en unos "tiempos revueltos". Los creadores de la Sociedad Yucateca fueron los mayas.

(12) La otra teoría es la de que la llegada de estos mercenarios mejicanos a Yucatán marca el comienzo, y no el fin, de la edad yucateca de paz y prosperidad (Véase la nota siguiente).

(13) Los expertos discuerdan hoy sobre la cronología de la historia yucateca. Parece que hay acuerdo en que hubo un período próspero, de aproximada-

mente dos siglos, durante el cual los varios Estados-ciudades yucatecos estuvieron en paz entre sí, en virtud de la llamada "Liga de Mayapán", y que esta paz terminó catastróficamente en la "guerra de Mayapán", que fue una rebelión de las otras ciudades contra la hegemonía de la de Mayapán. Algunos investigadores, empero, colocan esos dos siglos de paz antes de la llegada de los toltecas a Yucatán, y otros después de ella. Esta diferencia de concepción es visible en *The History of the Maya* (Londres 1931, Scribner), de T. Gann y J. E. Thompson. Uno de los dos coautores fecha los dos siglos de prosperidad entre 1004 y 1201 D. de C., y sugiere que "la multitud de pequeños Estados, en constante guerra recíproca", que los españoles hallaron en Yucatán en el siglo XVI, surgió en 1201 D. de C. (Pág. 18). El otro autor data la misma catástrofe en 1451. D. de C. (Págs. 84-8).

(14) La Sociedad Yucateca había sido en su origen relativamente pacífica; la Mejicana relativamente belicosa; y la influencia recíproca de ambos espíritus, al tiempo de la unión de las dos sociedades, debe probablemente haber sido turbadora y desintegrante (véase *The Encyclopaedia Britannica*, ed. XIII, nuevo vol. I, Pág. 195). La unión fue seguida por una infiltración de aztecas y otros chichimecas (es decir, tribus cazadoras de una "tierra de nadie" del N.); y estos recién llegados cultivaban una suerte especial de salvajismo, tanto en la guerra como en la religión, que alcanzó su culminación en los últimos días de los "tiempos revueltos" centroamericanos, en la víspera de la llegada de los españoles.

(15) Este interregno es fechado hacia 690-990 d. de C., por Means, P. A.: *Ancient Civilizations of the Andes* (Nueva York 1931, Scribner), Pág. 38.

(16) El "Primer Imperio" parece haber sido un genuino Estado universal, en el que todas las ciudades mayas de la época obedecieron a un gobierno central único. (Para los indicios arqueológicos de ello, véase Gann y Thompson, op. cit., Págs. 58-9). El llamado "Segundo Imperio" de los mayas pertenece a la historia de la Sociedad Yucateca posterior y no era en realidad un imperio sino una asociación de Estados-ciudades la "Liga de Mayapán" (así llamada con el nombre de uno de los tres Estados participantes). Esta liga mantuvo la paz en el mundo yucateca durante los dos siglos que precedieron al comienzo de los "tiempos revueltos". Para la controversia respecto a la cronología, véase Pág. 149, n. 3, supra.

(17) El "Primer Imperio" de los mayas floreció circa 300-600 d. de C. según Spinden, H. J.: *The Ancient Civilisations of Mexico and Central America* (Nueva York, 1922, American Museum of Natural History), Pág. 67: circa 400-600 según *The Encyclopaedia Britannica*, ed. XIII, nuevo vol. I, Pág. 194; circa 450-700 según Means, P. A., *Ancient Civilisations of the Andes* (Nueva York 1931, Scribner), Pág. 35. Por otro lado, su caída es situada en un momento tan avanzado como la primera mitad del siglo IX de la era cristiana por Thompson, J. E.: *The Civilization of the Mayas* (Chicago 1927, Field Museum of Natural History), Págs. 11-12.

(18) En *The History of the Maya* (Londres 1931, Scribner), Gann y Thompson —que siguen en esta obra conjunta la cronología de Spinden, y no la del mismo Thompson— estiman que estos sucesivos abandonos repentinos se extendieron a lo largo de alrededor de un siglo, circa 530-630 d. de C., desde el primero hasta el último (Pág. 60).

(19) Hubo una minoría que se desplazó en la dirección opuesta hacia Quen Santo, sobre la vertiente mediterránea de la meseta del Pacífico.

(20) La primera colonia maya en Yucatán fue, se piensa, Tuluum, en la costa oriental. Hay un monumento en Tuluum que lleva una fecha que corresponde en la cronología de Spinden al año 304 d. de C. (Gann y Thompson, op. cit., Pág. 41. Cf. Págs. 71-8)

(21) Sobre esta contraofensiva victoriosa de la selva tropical, véase anteriormente II. D. (I), tomo 2, y II. D. (VII), tomo 2, infra.

(22) El problema es discutido sistemática y críticamente, pero en forma no concluyente, por Gann y Thompson en op. cit., Págs. 61-6.

“El abandono del área en su totalidad fue gradual, y tomó aproximadamente un siglo. Comenzó en el extremo sur, en Copán y en el extremo oeste, en Palenque, para extenderse desde allí hacia el E. y N. hasta que alcanzó las ciudades del Petén Nordoriental, de las que el grupo que incluía Naranjo, Tikal, Uaxactum, Benque Viejo y Nakum fue el último en ser desertado. El éxodo de cada ciudad, empero, fue aparentemente repentino, dado que las últimas estelas creadas son casi del mejor estilo del gran período y no muestran signo alguno de degeneración en el arte del escultor.

“Se han aducido no pocas razones para explicar este notable éxodo; ninguna de ellas, con todo, enteramente satisfactoria. Hélas aquí: 1, decadencia nacional; 2, enfermedad epidémica; 3, terremotos; 4, guerra: intestina o externa, o ambas combinadas; 5, cambios climáticos; 6, agotamiento del suelo; 7, razones religiosas o supersticiosas” (Págs. 60-1).

“Los autores examinan una por una de las explicaciones sugeridas y las encuentran, todas, no convincentes, con la posible excepción de una combinación de las Nos. 6 y 7. En cuanto a la posibilidad de agotamiento del suelo, la observación de la agricultura indígena de días posteriores en el área que cubrió en un tiempo el “Primer Imperio” de los mayas, parece mostrar que desmontes y quemas continuos de la selva tropical con el fin de dedicarla a la agricultura tienden finalmente, en efecto, a agotar el suelo desmontado y a terminar en que su superficie quede cubierta por una capa vasta de pasto grueso. Si esa calamidad económica ocurrió en los últimos días del Imperio Maya en una escala sin paralelos, y en un tiempo en que los agricultores mayas habían dado rehenes a la fortuna, siendo fecundos y multiplicándose y cubriendo la tierra con una población rebosante gracias a fuentes de alimento, que entonces comenzaron inesperadamente a fallar, es concebible que la minoría dominante de la Sociedad Maya —en la que parece haber sido gobernante una clase sacerdotal esotérica— haya perdido el ánimo. En tal caso, el efecto social del agotamiento del suelo puede haber sido reforzado y acentuado mediante terrores y tabúes religiosos. Las tierras maiceras, antes fructuosas y ahora estériles, pueden haberse tornado objeto de aversión supersticiosa tanto como de desesperación económica; y los dos motivos juntos pueden quizás bastar para explicar la migración al por mayor a Yucatán”.

La teoría de que un agotamiento del suelo pueda haber sido al menos en parte causa de la migración, encuentra soporte en el hecho de que durante el siglo (circa 530-630 d. de C.) durante el cual las grandes ciudades del “Primer Imperio” fueron progresivamente abandonadas, el primer paso dado por sus an-

tiguos habitantes fue fundar una serie de nuevas ciudades pequeñas en las vecindades de aquéllas. El propósito de ese cambio local de residencia puede haber sido llevar a los cultivadores, más cerca de los bordes de las áreas cultivadas, que rodeaban a cada una de las grandes ciudades; porque es de presumir que el suelo estaba menos seriamente agotado en esos bordes, donde el cultivo habría sido antes menos intenso, que en las afueras inmediatas de los centros anteriores de población. Si esto fuera así, la fundación de esas pequeñas ciudades representa un intento de pactar con la "necesidad económica" mediante la descentralización local, intento que resultó vano y que fue por tanto seguido, a la postre, por la migración lisa y llana a Yucatán. (Véase Gann y Thompson, op. cit., Págs. 51-2 y 56-7).

Para una discusión de la quinta explicación alternativa ofrecida por Gann y Thompson, a saber, los cambios climáticos, véase II. D. (VII), Anejo I, tomo 2, infra.

(23) Hay solamente dos esculturas relativas a la guerra, y ambas han sido halladas en Piedras Negras (Gann, Thompson, op. cit., Pág. 63. —donde, con todo, se expresa la teoría de que mayas y nahoas no llegaron a entrar en contacto efectivo—). A este respecto conviene tal vez anotar que al menos dos de las colonias del "Imperio Antiguo" en Yucatán, a saber Tulum e Ichpaa-tum, eran ciudades amuralladas (op. cit., Págs. 40 a 42).

(24) Los mayas se hallan frente a las historias de las sociedades Maya, Yucateca y Mejicana en la misma relación en que están los sumerios respecto a las historias de las sociedades Sumérica, Babilónica e Hitita; además, hay ciertos puntos de contacto materiales entre los dos grupos: por ejemplo, la inclinación por la astronomía y el contraste entre el carácter insólitamente pacífico de la sociedad más antigua en ambos grupos y la belicosidad excepcionalmente maléfica en que culminó la historia de las sociedades posteriores. En esto, los mayas, anteriores, se hallan frente a los aztecas como los sumerios frente a los asirios que les siguieron.

(25) En la región maya quizás el enfoque más próximo al espíritu religioso de un "proletariado interno", tal como lo conocemos en otras partes, es el culto del dios serpiente-emplumada Tutulcán o Kuculcán, que fue transmitido a la Sociedad Mejicana (donde el nombre del dios fue traducido al lenguaje local nahuatl por Quetzalcoatl). Este dice que la cultura maya recuerda al dios de la cultura sumérica Ea. Al considerar el culto de Tutulcán, empero, nos enfrenta la dificultad que hallamos al considerar el culto sumérico de Tamuz. Ignoramos la relación histórica de este culto con la religión organizada de la minoría dominante. (Véase la n. en la Pág. 140, supra).

(26) Es posible (aunque ello no está fuera de toda duda) que el sistema religioso maya estuviera exento de sacrificios humanos, pero contenía sin disputa un elemento brutal bajo la forma de automortificaciones penitenciales más o menos absurdas y odiosas, que traen a la mente las del hinduismo.

(27) Yucatán es una capa baja de piedra caliza que se ha elevado sobre el nivel del mar sin que los estratos hayan sido desajustados del plano horizontal. En caracteres físicos la península yucateca semeja a la extremidad sudoriental de Italia, desde la llanura de Foggia hasta la punta del "tacón".